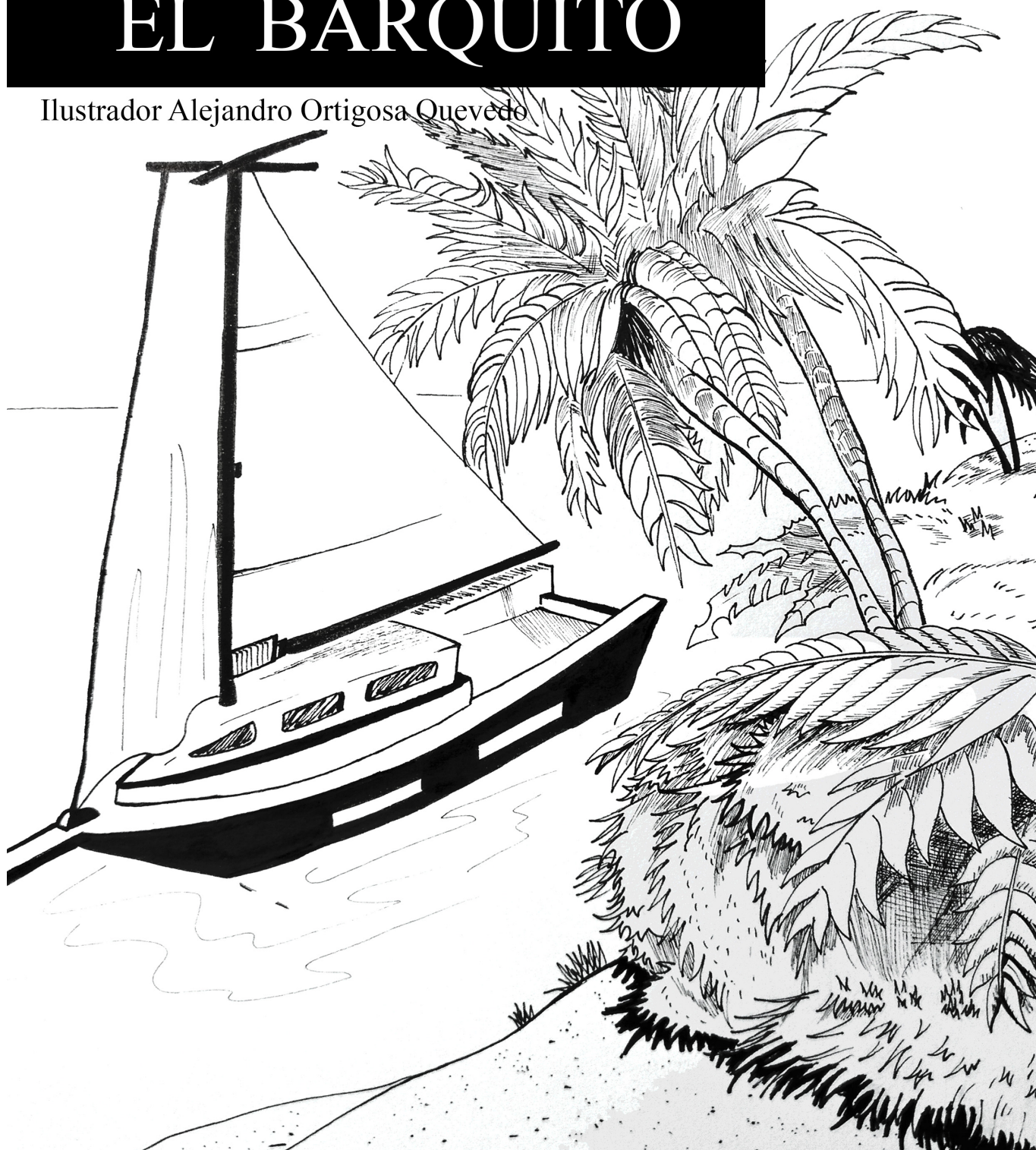


Autor: Abilio Ayuso

EL BARQUITO

Ilustrador Alejandro Ortigosa Quevedo



Hay sucesos tan extraños y misteriosos que cuando les ocurren a personas sensatas prefieren no hacerlos públicos y seguir con su vida como si nada hubiera pasado ¿Cuántas cosas increíbles habrán sucedido en el mundo sin que nos llegemos a enterar?

+16

Carla era una modelo de prestigio, aunque sin llegar a la categoría de top model absoluta, cuando la marca de bañadores y lencería más importante del mundo le propuso contratarla, junto con otras nueve de su mismo estilo, para el rodaje de los anuncios de su nueva colección aceptó sin dudarlo, en principio por lo bien pagado que estaba y en segundo lugar porque, tal como estaba organizado, parecían más unas vacaciones que un trabajo.

La idea era trasladarse a la Polinesia, donde un súper yate, más parecido a un transatlántico, que un millonario había ofrecido generosamente, llevaría a todo el equipo a los enclaves más paradisíacos donde se rodarían los anuncios y se efectuarían las fotos necesarias.

Al principio todo marchaba estupendamente, pero Carla fue apreciando detalles que no le acababan de convencer, como que el generoso millonario, no sólo participaba en el evento, sino que había invitado a otros de su misma estirpe, maduritos ya no tan apetecibles, eso sí, forrados de dinero, que se habían embarcado en la aventura sin pareja que les acompañara.

Otro tema mosqueante eran las azafatas y camareras, Carla se hubiera atrevido a jurar que además de su profesión aparente eran pluriempleadas de la más antigua del mundo.

Llegaron a los lugares del rodaje, se hicieron todas las fotos y vídeos necesarios muy profesionalmente, y como las modelos con tablas no están por demasiadas manías a la hora de cambiarse, si tocaba pasar del bañador azul cobalto al biquini de flores no subían a desnudarse en su camarote, se lo quitaban allí mismo y listo, los fotógrafos ya estaban muy acostumbrados a verlas pero desde las terrazas del yate había otro tipo de público, algunos armados con potentes binoculares que parecían hacer comentarios entre ellos, como si se estuvieran rifando el ganado.

Al acabar el rodaje al atardecer, comenzó la fiesta de celebración, una parte en el yate y otra en la propia playa donde se instalaron lujosas mesas en las que el champagne francés corría a raudales, y bajo mano otras cosas no tan saludables.

Se desplegaron colchonetas aterciopeladas para sentarse o tumbarse y una orquestilla amenizó la velada con sus músicas pegadizas.

Un grupo de azafatas y camareras descendió a tierra ataviadas con minúsculos tangas que entre bromas y risas comenzaron a desaparecer cuando se bañaron desnudas acompañadas a veces por algún muchacho de buen ver y las más por aquellos maduritos babosos.

Carla lo vio claro, efectivamente eran prostitutas contratadas para caldear el ambiente y que la orgía pareciera lo más natural del mundo, como los cabestros con la campana colgando que ayudan a llevar a las reses bravas al matadero, eran el cebo, y la presa

eran las modelos, aquellos pervertidos estarían apostando a cuantas se podían beneficiar.

Muchas de sus compañeras entre risas y bromas ya se habían desnudado y estaban tonteando en el agua con unos y otros, algunas por el efecto del alcohol y tal vez de algo más y otras porque estarían jugando al ratón y al gato para pescar uno de esos millonarios que las retirara de las pasarelas y les diera todos los caprichos que el dinero puede comprar.

A Carla le dio asco aquel mundillo estúpido, vacío y vicioso y aprovechando que el espectáculo estaba en el agua y nadie se fijaba en ella se retiró hacia el interior de la vegetación hasta llegar al lado opuesto del islote.

A diferencia de donde estaba la fiesta que era como una laguna, allí las olas rompían con fuerza, eso le encantó porque le impedía oír la lejana música y el estar envuelta de aquella naturaleza salvaje le aportaba la paz y la calma que aquel jolgorio insensato le había robado.

No fue consciente de cuánto tiempo había permanecido allí perdida en sus pensamientos, pero las primeras gotas de una fina lluvia la devolvieron a la realidad. Se volvió a colocar sus mocasines y regresó por donde había venido.

Pero allí le esperaba una desagradable sorpresa, el yate había levado anclas y se perdía en el horizonte, nadie había reparado en su ausencia lo cual era normal, primero porque no se podían imaginar que alguien abandonara aquella fiesta multicolor para escaparse al otro lado de la isla y en segundo lugar las modelos andaban desperdigadas, unas en la playa, otras en el yate y alguna desaparecida en el camarote de alguien, ósea que no hubo recuento, de hecho no repararon en su ausencia hasta tres días más tarde cuando llegaron a Tahití.

Aún entonces nadie pensó que podían haberla abandonado en el islote, sino que se habría emborrachado, drogado o ambas cosas y caído por la borda sin que nadie la viera. Para no organizar un escándalo de momento no comunicaron a las autoridades su desaparición, en lugar de eso contrataron helicópteros privados que rastrearon el mar en busca de su cadáver.

Después de lanzar unos cuantos gritos que en aquella distancia era imposible que nadie oyera probó con el móvil, pero aquel islote no tenía cobertura, hasta entonces lo había podido usar gracias a la señal wifi del barco, pero al alejarse de éste, aquel aparato era un elemento completamente inútil, así que lo devolvió a su bolsita de plástico impermeable por si más adelante le servía de algo.

Trató de buscar abrigo, pero aquello no era una de esas películas donde siempre encuentran una covacha en la que refugiarse, era un islote arenoso y plano, probó a resguardarse bajo los cocoteros, aunque a la larga el agua la acabó calando, tampoco

sirvió de mucho el intentar fabricarse una cobertura con hojas caídas, no importaba como las pusiera el agua se filtraba entre ellas.

Pasó la noche tiritando de frío, empapada y sin poder dormir, tampoco la mañana le solucionó sus problemas, unas nubes plomizas impedían que se filtrara el más mínimo rayo de sol, el viento y la lluvia racheada hacían que el frío le penetrara hasta los huesos.

Otro de sus problemas fue la bebida, anduvo rebuscando entre los cocos caídos alguno que al removerlo indicara que contenía el preciado fluido en su interior, finalmente encontró dos, pero una cosa es que contuvieran líquido y otra que ella pudiera sacarlo sólo con sus manos, finalmente con un par de conchas grandes, mucho esfuerzo y desgraciándose su cuidada manicura consiguió retirar la corteza leñosa, luego golpeando uno contra otro logró agrietarlos con lo que la mayor parte del líquido se derramó antes de llegar a su boca.

Además de maldecir su negra suerte se estaba llamando estúpida a sí misma, ¿Porque demonios no se había retirado a su camarote en lugar de andar tonteando por la isla?, seguramente moriría en pocos días de frío, de sed o de ambas cosas a la vez, el hambre, aunque tenía mucha no la contaba porque sabía que de eso se tarda más en morir.

Finalmente regresó al mismo punto donde se había celebrado la fiesta por si al yate le daba por volver, se acurrucó en la húmeda arena de la playa con la cabeza entre las rodillas rezando para que ocurriera un milagro.

Ramón condujo su minúsculo velero hacia el interior del atolón, estaba anocheciendo y quería encontrar un refugio seguro para su barquito ya que él nunca navegaba de noche, al bordear la playa divisó una especie de fardo que le llamó la atención, aparentaba ser un saco de tela pero fijándose mejor le pareció que estaba rematado por una cabellera y de la base sobresalían unos pies, se acercó todo lo que pudo procurando no embarrancar, soltó el ancla, tomó la bocina accionada por un bote de aire comprimido y soltó un par de sonoros bocinazos.

Para su asombro el fardo resultó ser una esbelta muchacha ataviada con un lujoso, aunque ajado vestido que se puso en pie de un salto y al verle se lanzó como una posesa al agua atravesando rápidamente a nado la escasa distancia que la separaba del velero.

Subió como una ardilla por la escalerilla que le había tendido y se le abrazó llorando como una Magdalena, para acto seguido decirle: “Tengo mucho frío, mucha sed y mucha hambre”.

Carla se había dado por vencida, tenía la certeza de que moriría allí ya que si en todo un día no había pasado un maldito barco no había razón para pensar que lo haría en los próximos cuatro y para entonces ya habría fallecido.

Pero había dos cosas que le aterrorizaban más aún que la propia muerte, primero el sufrimiento que padecería antes y el ridículo de la noticia de que una estúpida modelo se había quedado perdida en una isla desierta hasta morir, rezaba a un Dios en el que no creía para que le mandara un milagro que la salvara.

Estaba lloriqueando con la cabeza entre las rodillas cuando dos sonoros bocinazos la hicieron saltar como si hubiera recibido una descarga eléctrica, allí estaba un atlético muchacho en pie sobre la cubierta de su barquito saludándola sonriente a pocos metros de la orilla.

Al instante le invadió un terror, ¿Y si el chico pensaba que era una nativa del lugar, saludaba y pasaba de largo?, Eso hizo que se lanzara al agua nadando desesperadamente hasta alcanzar la escalerilla que él le tendía.

El muchacho la separó un palmo y le dijo: “Hostia pobrecilla, si eres una náufraga, lo último que esperaba encontrar aquí, estás empapada y tiritando, vamos abajo, te saco un par de toallas para que te seques”.

En su estado Carla había sobrepasado ya el tema de los convencionalismos dejó tirados en la escalerilla su vestido, sujetador y bragas mojados y comenzó a secarse afanosamente el cuerpo mientras el chico le enjugaba la cabellera y le decía: “Lo siento pero no tengo secador pelo, y aunque lo tuviera, con la batería del barco y el panel solar no funcionaría”.

“No te preocupes, por fin tengo el cuerpo seco después de muchas horas, y si bebo, como y duermo, en este orden, estaré en el cielo”.

“No tengo ropa de chica, pero pienso que esta sudadera mía te servirá casi de vestido, para beber dicen que no hay nada que quite más la sed que una cerveza, toma esta y no te preocupes no tiene mucho alcohol, mientras te prepararé algo de comer”.

Carla se relamía mientras en la sartén chisporroteaban unos huevos fritos con tocino, el chico tomó un par de grandes rebanadas de pan y las untó con salsa de tomate y aceite para después calentarlas un poco en la sartén, ella lo devoró todo como un perro hambriento mientras se reía por dentro pensando en sí misma hace un par de días tomando caviar y langosta, ahora este menú rústico le parecía más apetitoso que todas esas exquisiteces.

Remató el festín con una banana, otra lata de cerveza y un sonoro eructo, para disculparse le dijo al muchacho: “Lo siento, pero mi condición de naufraga me ha borrado de repente muchos prejuicios”.

“Bien tonta serías si no lo hicieras así”.

“Perfecto, pues si no te parece maleducado dime donde puedo dormir”:

“Sólo tengo esta litera y esta manta para taparte, pero no te preocupes, yo dormiré en el suelo”.

“Tú estás loco, ¿Y desperdiciar tu calor?, tengo el frío incrustado en los huesos así que vas a dormir conmigo, piel con piel y tapados con la manta”.

“Si que confías en mí”.

“Claro que confío, eres un ángel que Dios me mandado, guapo y bueno”.

“Lo de guapo es subjetivo, ¿Pero cómo sabes que soy bueno?”.

“Seguro que eres bueno, anda ven aquí y abrázame”.

Carla durmió como un leño, él no tanto porque temía despertarla, cuando amaneció ella abrió los ojos para encontrarse con la franca sonrisa del chico que le dijo: “Buenos días princesa, ¿Has dormido bien?”.

“Como nunca, pero ahora tengo mucho pipí, ¿Tienes lavabo?”.

Él rio de buena gana y dijo: “Si, uno inmenso, todo el mar de alrededor, pero tranquila yo te ayudaré, siéntate y saca el culo por la borda mientras yo te aguanto, tranquila que no miro”.

“Buff, a estas alturas, que me veas mear o no ya poco importa, ya he acabado volvamos rápido a la cama que me aterroriza enfriarme”.

“Ves pasando, que yo también tengo que mear”.

Como él parecía un poco reticente a volverse a meter desnudo en la litera junto a ella le apremió diciendo “Venga, no seas tímido que no muerdo”.

Cuando volvieron a estar juntos y abrazados, ella le dio un pequeño beso en los labios y le dijo: “Gracias por recogerme, por alimentarme y darme de beber, por darme calor y por no aprovechar la situación para violarme”.

“Yo nunca haría eso, ni a ti ni a nadie, además, ¿Cómo sabes que no soy gay?”.

“Pues en principio por esta cosaza que noto junto a mis piernas, ¿O es que te has traído uno de los mástiles a la cama?”.

El muchacho se puso rojo como un pimiento, retiró el culo hacia atrás e intentó balbucear una excusa, ella se volvió a pegar a él y le dijo: “Déjate de tonterías, si es lo más natural del mundo, lo raro sería que no te sucediera, ¿Cuánto hace que no estás con una mujer?”.

“Bueno, lo que se dice estar...”.

“Si, acostarte, hacer el amor, follar, echar un polvo”.

“Uff, bastantes meses”.

“Joder, y ahora viene la bruja de Carla y te pega un calentón de cojones, nunca mejor dicho, me siento culpable, esto hay que arreglarlo, anda dame esta mano y empieza por acariciarme suavemente”.

Él le paseó tímidamente la mano por la espalda, ella le besó y le dijo guiñándole un ojo: “Cuando digo que me acaricies significa que no hay zonas vedadas”, con lo cual el chico ya se atrevió rozarle los pechos, las piernas y su pubis.

Finalmente, ella se tumbó boca arriba diciendo: “Anda, ven encima mío que te va a dar un infarto si no te desahogas”.

Para su desespero el pobre Ramón no pudo contener el orgasmo y la consiguiente eyaculación más allá de cinco minutos, ella notaba su desazón y le dijo: “No te retengas tontito, acaba como Dios manda y se feliz”.

El gimió encima suyo mientras ella le animaba: “Así, muy bien, pobrecillo mío que estabas muerto de ganas”.

“Yo siento, no haber durado más para que tú también pudieras...”.

“¿Como ibas a durar con el hambre atrasada que llevabas?, anda ahora dame algo para limpiarme, que me has puesto perdida, y luego prepárame otros huevos de esos con tocino que el amor me ha desatado el apetito, luego ya tendrás tiempo para demostrarme lo buen amante que eres, pero antes déjame tu radio o lo que tengas para comunicar, voy a decir que estoy viva”.

“Pues lo siento, pero no tengo un gran equipo, mi móvil tiene grabados los mapas de la región y con el GPS puedo posicionarme perfectamente, pero si no hay cobertura no puedo comunicar con nadie”.

“Asco y pus, igual que yo, bueno no pasa nada, el caso es que estoy viva, ya se enterarán cuando vuelva, además así me ahorro explicar porque no quiero que vengan a rescatarme”.

Navegaron de islote en islote con toda tranquilidad, charlando, comiendo y amándose, él le explicó que vivía con su hermana mayor y que entre los dos regentaban un precioso restaurante, en la Costa Brava de Cataluña, muy cerca de Francia, por eso hablaba tan bien el francés, y que se había dado un año sabático para recorrer los océanos con su barquito con el cual había vivido peligrosas aventuras y muchas experiencias positivas, pero ninguna tan bonita como la de recogerla a ella.

Por otro lado Carla le explicó su vida de modelo parisina, no exenta de soledad, había roto con su novio hacía poco por un tema de infidelidad por parte de él, y en cuanto a la familia... Su padre murió hace tiempo, con su madre no se llevaba bien y desde que se había emparejado con un vividor aún menos, luego estaban las amigas, pero en su profesión cada una iba a lo suyo, y los amigos pues era difícil tenerlos y que no quisieran acostarse contigo, al llegar a este punto él intervino diciendo: “Yo no te lo he pedido, ni siquiera insinuado”.

“Calla tonto, tú eres mi ángel”.

Llegaron a Tahití al quinto día y ella le pidió desembarcar en el lujoso hotel donde las habían alojado la primera noche, con sus habitaciones en forma de cabañas ancladas sobre el mar, no les fue difícil amarrar el barquito junto a una de las pasarelas que las unían a tierra firme.

Cuando explicó su situación en la recepción, una discreta y eficiente maquinaria administrativa se puso en marcha, en cinco minutos tenía la mejor suite del hotel a su disposición junto con su equipaje que habían mandado guardar en el propio establecimiento por si por uno de aquellos milagros aparecía viva.

Además, le comentaron que, al no conocer las circunstancias de su desaparición, de momento no la habían hecho pública, aunque no se habían escatimado medios privados para localizarla.

Carla explicó que tal vez durante unos días se alojaría con el muchacho que la había rescatado y que ya abonaría ella su coste. Le dijeron que ni soñar en pagar un céntimo, todos los gastos que ambos quisieran tener estaban abonados de antemano.

Fue a comunicarle a Ramón la buena nueva y que se había acabado el gorrearle la comida, ya que a partir de ahora invitaba ella.

En principio pensó haberse equivocado de pasarela porque el barquito ya no estaba allí amarrado, pero tampoco en ningún otro lugar, ni se veía en el horizonte.

Preguntó a los guardas de seguridad y a los camareros de habitaciones, pero nadie lo había visto llegar ni partir, tuvo que conformarse con la idea de que la habían plantado, aunque no acertaba a comprender por qué.

Pensó que tal vez el muchacho temía comprometerse, o creía que si continuaba aquel romance se esfumaría su ilusión de recorrer los océanos durante un año, o que se sentiría inseguro con una modelo parisina, mil cosas pasaron por su mente, pero le supo muy mal no tener la ocasión de despedirse, darle las gracias y explicarle que lo que había sucedido no le comprometía a nada.

Al día siguiente llegaron los representantes de la compañía y del millonario propietario del barco para proponerle un trato: Ni a la empresa que la había contratado ni al armador les convenía que se supiera en qué circunstancias se habían dejado una de las modelos abandonada en la isla, ni siquiera a ella le convendría esa publicidad para su carrera de modelo, sin embargo para compensar las penalidades físicas y psicológicas sufridas estarían dispuestos a ingresar una muy generosa cantidad a su nombre en un paraíso fiscal.

No se lo pensó dos veces, preguntó por la cifra, le pareció adecuada y aceptó.

Sólo regresar a París, colgó un mensaje en las redes, no sólo en francés sino en catalán y castellano junto con un par de fotos del muchacho que había hecho con el móvil, decía más o menos así: “¿Conoces a este chico?, sé que se llama Ramón, navega en un barquito llamado Cabo de Creus y que su hermana tiene un restaurante en la Costa Brava, me hizo un gran favor y no he tenido ocasión de devolvérselo ni darle las gracias, me gustaría contactar con él”.

Lo envió principalmente a todos los restaurantes de la Costa Brava que aparecían en el Google Maps y no tardó en recibir respuesta de una tal Sonia que escuetamente le decía: “¿Cuándo conociste a mi hermano?”.

“Hace un par de semanas me sacó de un apuro muy grave”.

“Si sucedió hace un par de semanas no puede ser él”.

Entonces Carla le envió un montón de fotos y vídeos en los que aparecían juntos o él solo y donde se veía el barquito por dentro y por fuera y le escribió: “Supongo que con todo este material podrás saber si se trata o no de tu hermano, mi único interés es agradecerle lo que hizo por mí”.

La respuesta la dejó sorprendida: “Por favor, ven a mi casa unos días, te pago el viaje, tengo una preciosa habitación en un entorno muy bonito, tenemos que hablar, es importante”.

Carla contestó: “No necesito que me pagues el viaje, tengo una buena posición económica, aprovecho que después del incidente me he tomado unas vacaciones en mi trabajo y vengo”.

Cuando se encontraron Sonia la abrazó afectuosamente y le dijo: “En cuanto vi tus fotos pensé que te conocía y al hojear una revista lo confirmé, eres modelo de alta costura”.

“Bueno... si, de vez en cuando salgo en anuncios de revistas y cosas así”.

“Pues tenemos que hablar de lo de mi hermano, ¿Donde están tomadas las fotos y los vídeos?”.

“En la Polinesia Francesa hace dos semanas y media”.

“Pues ese es el problema, que es mi hermano, le reconocería, hasta de espaldas, pero no puede ser porque él no estaba allí”.

“Claro que le reconocerías de espaldas, porque tiene una mancha en la nalga derecha en forma de cabeza de perrito”.

Sonia se llevó las manos a la boca para ahogar un gemido y dijo: “Dios santo, tiene que ser él, pero no puede ser”.

“¿Me quieres decir porque demonios no puede ser?”.

“Vamos a verle y tu misma te convencerás”.

“Hostia, ¿Ya ha vuelto, hace mucho que está?”.

“Prefiero que lo veas por ti misma”.

Caminaron hacia las afueras del pueblecillo hasta un pequeño y rústico cementerio, Sonia se paró frente a una lápida engalanada con flores y le dijo: “Aquí es donde está mi hermano desde hace más de un año, salió a recorrer el mundo con su barquito y una tormenta le hizo estrellar contra un arrecife de coral en la Polinesia”.

“A ver, Sonia, ¿No tendrá un hermano gemelo?”.

“Claro que no y yo reconocí el cuerpo, no quería aceptar su muerte y escudriñé hasta el último detalle, no sólo su cara, sino su marca de la nalga, sus pecas de la frente, la cicatriz que le hice sin querer jugando a piratas, sus anillos y pulsera, también hice verificar sus huellas dactilares y comparar sus radiografías dentales. Luego está el barquito, yo le ayudé a construirlo, en mala hora, reconocí los restos y ¿Ves esta virgen de Montserrat que está en este hueco en su tumba?, se la di yo con una inscripción y la recuperé de los restos de la embarcación”.

“Me acuerdo de esa virgen negra con la bola y el niño, estaba en el barco y seguro que sale en alguno de los vídeos o fotos que te he mandado”.

“Eso es lo jodido, que reconocí todos los detalles suyos y del barco cuando fui a recuperar su cadáver y los he reconocido en los vídeos que me mandas, hasta la virgen de Montserrat aparece en alguno, por favor necesito que me cuentes hasta el último detalle del tiempo en que estuvisteis juntos”.

Volvieron a la casa cogidas de la mano, lo primero que Carla le dijo es que había jurado guardar confidencialidad sobre aquel suceso pero pensaba que ella tenía derecho a saberlo y seguidamente le describió todo lo sucedido, al acabar, Sonia dijo: “Todo cuadra, era un buenazo y no me extrañaría que tú hubieras sido su primera mujer porque era muy tímido, es decir, todo cuadra excepto que no puede estar en dos sitios a la vez, pero ahora ya no está y nunca podremos aclarar la verdad”.

“Bueno... tal vez sí que podamos aclarar algo, o tal vez acabarla de liar”.

“¿Porque lo dices?”.

“Estoy embarazada de él”.

“¡Jodeeer!, ¿Estás segura, no puede ser de otro?”.

“Desde que corté con mi novio los únicos hombres que me han tocado han sido los modistos para probarme cosas”.

“¿Y has decidido tenerlo?”.

“No estaba muy segura, pero visto lo visto creo que sí, y hoy en día las pruebas de ADN son fiables casi al cien por cien”.

“Si... por favor, tenlo, yo te cuidaré, aquí estarás como una reina, no te faltará de nada. Además... yo no puedo tener hijos, esa fue la razón por la que mi marido se divorció de mí el muy cabrón, si realmente ha ocurrido el milagro quiere decir que nuestra estirpe no morirá con nosotros”.

Carla pensó que no era mala idea porque en el poco tiempo que llevaba con Sonia había establecido con ella una relación de hermandad muy positiva y al fin y al cabo no tenía familia que la pudiera ayudar en un trance semejante, así que comunicó a todo el mundo que se tomaba un año sabático de vacaciones en la Costa Brava.

Meses después, a pesar de su discreción, acabó filtrándose la noticia de que estaba embarazada, eso desató toda clase de rumores en su mundillo, que si sería de uno de los millonarios o de uno de los mocetones que ayudaban en el barco, Etc., sin embargo, ella estaba lejos de toda clase de rumores y chafarderías en un encantador pueblecillo costero, sin apenas conectarse a redes sociales ni criaderos de chafarderías.

Llegó el día señalado, el parto fue sencillo y sin complicaciones, era un niño precioso y de momento lo registraron como de madre soltera pero ambas mujeres se pusieron a rumiar como se las apañarían para que un juez accediera a exhumar los restos de un muchacho para comprobar la posible paternidad de un bebé nacido casi dos años después de su muerte.

En una de las conversaciones que tuvieron respecto al tema Sonia dijo: “Lo jodido del caso es que no podemos explicar la verdad, porque nos tomarán por locas o dirán que es un montaje o vete a saber y el juez no permitirá algo tan ilógico, si por lo menos hubiera guardado semen congelado en una de esas clínicas de reproducción asistida...”.

“Si, pero esas clínicas llevan registros minuciosos y todo está muy controlado”.

“Se me ocurre una idea, en lugar de la verdad podemos montar un embuste que, aunque sea muy raro oficialmente se pueda tragar, en ocasiones es mejor montar una buena patraña que explicar lo auténtico”.

“¿Y qué les diremos?”.

“Que antes de marchar a un viaje tan peligroso mi hermano congeló su semen de una forma artesanal en un buen congelador de los de casa y tú lo utilizaste aplicándotelo con un simple consolador, lo que no veo como cuadrar es por qué precisamente tú quieres hacerlo y porqué yo te lo permito y te entrego el esperma”.

“Ya lo tengo: De jovencita hice viajes yo sola, en plan hippie de los que nadie sabe dónde estuve ni que hice, decimos que estuve aquí una temporada y tuve un apasionado romance con Ramón y que al enterarme de su muerte volví y entre tú y yo tramamos lo de la inseminación rústica”.

“Los médicos dirán que con esos medios es imposible”.

“Bueno, la prueba del ADN los desmentirá y tendrán que tragar”.

“¿Y si resulta que no coincide?”.

“Pues quedará como un poco pendón, pero me da lo mismo, además ya puestas a creer en el milagro... Ha de coincidir”.

La jueza fue muy comprensiva, le pareció una historia muy romántica y aceptó que se realizara la exhumación y la prueba de ADN, además ya que estaban de acuerdo tanto el único familiar vivo del finado como la madre del bebé no vio ningún inconveniente.

Efectivamente los médicos dijeron que en esas condiciones era imposible que hubiera funcionado, pero... el resultado de la prueba fue categórico, Ramón era el padre del niño, lo llamaron un milagro de la naturaleza.

A partir de ahí, el mismo juzgado a la vista de las pruebas declaró la paternidad, Sonia estaba encantada y solo salir de la vista le dijo a Carla: “¿Te das cuenta?, ya tengo un heredero, el patrimonio familiar no se lo quedará Hacienda ni un pariente lejano, y si encima llega a ser un gran chef... Ya será la hostia”.

El niño sigue creciendo, muy parecido a su padre, tal vez incluso más guapo, pero hay dos mujeres que cada vez que lo miran se preguntan la una a la otra: ¿Qué clase de magia sucedió en realidad?.

Aunque mandaron fotos del barquito por Internet por toda la Polinesia por si alguien lo veía navegando, no obtuvieron ninguna confirmación positiva, los había parecidos, pero algún detalle les indicaba que no era el mismo.

Sonia, con su espíritu positivo de catalana lo zanjó así: “Mejor de esta manera, me encanta tener un sobrino, pero... ¿Te imaginas que fuera como el Holandés Errante y anduviera por ahí dejando mujeres embarazadas por todo el mundo?”.

“Fíjate, podrías tener un sobrino de cada color”.

“¡Qué horror!, no, ahora ya ha cumplido y mejor que se quede quietecito donde está”.

FIN...